

LA REHABILITACION DE UN CAMPO DE ESTUDIO

(Nota de lecturas)

Por VICTOR MORALES LEZCANO

I. HISTORIA DE LAS RELACIONES INTERNACIONALES: REHABILITACIÓN DE UN CAMPO DE ESTUDIO

No parece exagerado comentar que la *Historia de las Relaciones Internacionales* es un campo de estudio en plena rehabilitación académica y metodológica. Los frutos de su producción son el corolario más elocuente de la afirmación de partida.

Ello no quiere decir, por tanto, que la disciplina haya surgido delimitada en sus contornos, armada con un equipamiento intelectual propio y dispuesta a enseñorearse sin escrúpulos del panorama que le rodea. Ni mucho menos.

Las sesiones de la «Comisión Internacional para el estudio de la Historia de las Relaciones Internacionales» celebradas en Stuttgart, dentro de los actos del XVI Congreso Internacional de Ciencias Históricas (agosto, 1985) han corroborado el auge de estos estudios y las incertidumbres de su especial constitución científica.

Algo muy parecido se puso de relieve en el «Coloquio de París» (enero, 1985), foro más reducido y especializado –y, por lo mismo, menos disperso y enciclopédico que otros (véase *Rélations Internationales*, núms. 41-42, 1985)–. La «Historia de las Relaciones Internacionales» parece haber alcanzado un estatuto académico europeamente reconocido; las cátedras e institutos de esta titulación han aumentado sensiblemente con respecto a su número de hace veinte años, mientras que las publicaciones especializadas y algunas colecciones documentales potencian el fenómeno de marras.

Ahora bien, el camino recorrido no ha sido fácil. Desde el momento que la rehabilitación intelectual se ha producido de espaldas a la concepción clásica de la historia diplomática, el estudio de las Relaciones Internacionales,

particularmente en la Edad Contemporánea, ha tenido que recurrir a la Politología y al Derecho internacional, a la Economía y al fenómeno cultural de las Mentalidades. Ha tenido que nutrir su almacén conceptual, pertrechar su dispositivo metodológico y acometer la aclimatación de muchos préstamos intelectuales; en suma, ha tenido que acogerse, por imperativo de actualización científica, a la interdisciplinariedad, aspirando en muchos casos a hacer una Historia de las Relaciones Internacionales de factura global, como aspira a hacerlo la Historiografía renovada.

Sin embargo, como apunta sagazmente D. C. Watt (Stevenson Professor of International History en la *London School of Economics and Political Science*) en la lección inaugural del curso 1983-84, titulada *What about the People? Abstraction and Reality in History and the Social Sciences*, la impronta intelectual de las Ciencias Sociales en la Historiografía ha sido tan profunda en los últimos veinte años —por no remontarnos a los orígenes del fenómeno—, que la Historiografía está cayendo por la pendiente de su propia ficción. Por decorosa que sea la trabazón y bien contada que esté la ficción, no deja por ello de ser menos eso, ficción, elaboración distanciada (según grados) de la realidad cuya recuperación predica. La historia de las Relaciones Internacionales no constituiría una excepción a esta norma, comprobable en la Historiografía actual; a riesgo de convertirse en una disciplina descafeinada (si se nos permite la gráfica expresión), poco enraizada en el estudio de la especificidad casuística, a partir de documentación de primera mano, y más volcada, por lo contrario, a la fijación de aquellas estructuras y causalidades recidivas, expresadas en un lenguaje crecientemente abstracto.

Tiene razón D. C. Watt en dar un toque de atención como al que acabamos de aludir. La monumental obra de R. Aron (*Paz y guerra entre las naciones*, reeditada por Alianza Ed. 2 vs., con una presentación del propio autor que no tiene desperdicio alguno) instituyó, junto con Georg Schwarzenberger (*La política del poder. Estudio de la sociedad internacional*, F. C. E., 1960), el primado de la politología, y la sociología del poder jurídica y bélicamente pertrechado, en el campo de la Historia de las Relaciones Internacionales en la Edad Contemporánea. La influencia ejercida por estas dos obras ha sido de peso y duradera.

Es natural, empero, que la fibra y el adiestramiento del historiador de formación, por muy porosa que sea su membrana intelectual, acuse los excesos del «sociologismo» (o el cuantitativismo puro y nudo), muy particularmente cuando la mano que trata un tema no posee ya la maestría de Aron y Schwarzenberger y sí, por el contrario, claros rasgos de empobrecimiento mental y de expresión.

El esfuerzo de la llamada escuela francesa de Relaciones Internacionales, desde los años cincuenta, salvó a la disciplina del Escila de su reedición en

forma de mera historia diplomática (como en el pasado) y el Caribdis de su asimilación indiscriminada a los objetivos, lenguaje y «tics» de otras ciencias sociales (como está ocurriendo presentemente con alguna frecuencia). El inveterado manual de P. Renouvin y J. B. Duroselle (traducido al castellano bajo el equivoco título de (Introducción a la Política Internacional, Rialp, 1968) logró fusionar tendencias de escuela, plantear problemas y dejar abierto un territorio a la exploración.

II. LOS FRUTOS DE LA INVESTIGACIÓN

La Historia de las Relaciones Internacionales en Europa, decíamos, es la manifestación de una concepción global y dinámica de la interactuación de los Estados y de otras fuerzas de mucho calibre y diferente naturaleza que pueden explicar los conflictos, las crisis y la cooperación en el seno de la sociedad internacional contemporánea (y aquí hay una cuestión de periodificación –y de enfoque, a la larga– todavía no resuelta. Véase, de un lado, el esbozo de modelo de comprensión que traza James Joll, «The Ideal and the Real. Changing Concepts of the International System: 1815-1982», en *International Affairs*, v. 58, 1982, pp. 210-224; y, de otro, el apunte de J. C. Allain, «Les Relations Internationales depuis 1945. Proposition de périodisation», *Revue des Historiens-Géographes*, núm. 297, pp. 401-418).

Más allá de esta cuestión, si paramos mientes en el fenómeno de las crisis internacionales, de su resolución negociada –o no, y en este caso el conflicto armado domina el horizonte de la realidad interestatal–, y del diálogo y comunicación regular entre las potencias de la sociedad internacional, observaremos cómo florecen los esfuerzos historiográficos e interdisciplinarios que aborden su estudio sin práctica solución de continuidad.

Elijamos tres manifestaciones temáticas muy concretas: las instituciones, los conflictos armados, los estadistas y políticos.

Los tres coloquios consecutivos organizados por la Escuela francesa de Roma y el Centro de política exterior y opinión pública de la Universidad de Milán (1981-1983) están ya impresos y al alcance de los estudiosos (*Opinion Publique et Politique Extérieure*, Ecole Française de Rome, 3 vs.).

Podemos contemplar ahora, en secuencia temporal larga (1870-1980), la evolución de los Ministerios de Asuntos Exteriores de las grandes, medianas y pequeñas potencias de Europa, pero no vista en una mera evolución lineal, sino en estrecha relación con los problemas que se derivan para los Estados, sus hombres de negocios, sus institutos armados, sus aparatos de propaganda y sus respectivos estados de opinión pública, de la convivencia internacional en época de guerra o de paz, de conflicto o de cooperación.

Más embridado, quizá por la condición de gran obra de referencia escrita en una estricta colaboración a la limón, es el esfuerzo de Enjalran y Baullou (*Les Affaires Etrangères et le corps diplomatique français*, CNRS, 2 vs.), que cubre el vano existente entre la desaparición del antiguo régimen y el arranque del fin del siglo xx; testimonio, en cualquier caso, de la importancia concedida a las instituciones encargadas de administrar las funciones de relación de una potencia con el conjunto de aquellas otras insertas en un sistema internacional dado.

Si pasamos de las instituciones a las crisis de alto voltaje, y de éstas a los conflictos armados, la celebración del 40 aniversario de la terminación de la Segunda Guerra Mundial ha hecho indagar no sólo en la aceleración de la crisis de la diplomacia a partir del acuerdo de Munich (septiembre, 1938), sino también en los orígenes de la Primera Guerra Mundial, nacimiento –a escala generalizada– de la belicosidad actual (y aquí procede recordar tres hitos bibliográficos importantes: Paul Kennedy, *The Rise of the Anglo-German Antagonism: 1860-1914*, Allen and Unwin, 1980; James Joll, *The Origins of the First World War*, Longman, 1983, y G. F. Kennan, *The Fateful Alliance: France, Russia and the Coming of the First World War*, Pantheon, 1984).

Como las guerras –y ello está ya objetivado– suelen no generar los resultados apetecidos por los beligerantes, pero sí alterar el tejido de las sociedades empeñadas en el esfuerzo bélico, los estudiosos vuelven de nuevo su mirada más friamente a veces (Max Beloff, *Wars and Welfare in Britain: 1914-1945*, E. Arnold, 1984), más filosóficamente otras (A. J. P. Taylor, *How Wars End*, Hamish Hamilton, 1985), al panorama de los dos conflictos mundiales que han dado al traste con la hegemonía de la vieja Europa.

Y si, por último, tornamos nuestra atención al estadista, al político con responsabilidades en la conducción de la gestión internacional de un Estado, y al tema del proceso de toma de decisión –¡Que ahí es nada, si se avecina la tormenta de la guerra que amenaza con estallar!–, el panorama no ofrece menos muestras de fecundidad que en los casos anteriormente reseñados.

El estadista, el primer ministro, el secretario de Exteriores (como gustan decir los anglosajones) y el militar metido a salvador de la patria (como es del gusto de la latinidad) están conociendo una revisión importante en lo que va de decenio (la liberalización documental y el paso de los años, sin duda, explican bastante el hecho).

Así, y limitándonos a las cuatro potencias europeas más involucradas en la Segunda Guerra Mundial y que han acusado con mayor intensidad los efectos de su libramiento, nos encontramos en Inglaterra con las biografías de David Dilks sobre Neville Chamberlain (*Pioneering and Reform*, primer vol., Cambridge University Press), Alan Bullock sobre Ernest Bevin (*Foreign*

Secretary: 1945-1951, Oxford University Press, 1985) y la monumental contribución documental de W. F. Kimball, que ha editado la correspondencia –completa– cursada entre Churchill y Roosevelt (*The Complete Correspondence*, Princeton University Press, 1985, 3 vs.).

Francia, conmovida en sus fundamentos por el descalabro de junio de 1940, ha revisado en más de una ocasión la trayectoria de sus dos pretendidos salvadores. La nueva oleada revisionista llega ahora, de mano de H. R. Lottman (*Pétain: Hero or Traitor. The Untold Story*; Morrow, 1984) y de J. Lacouture (*De Gaulle. Le rebelle*, primera parte, Le Seuil, 1984); mientras que, apartándose de la obsesiva fijación en torno a Hitler, la atención de los estudiosos del Tercer Reich parece volcarse con detenimiento en «lugartenientes» del partido como ha hecho R. J. Overy (*Goering: the Iron Man*, Routledge and Kegan, 1984), y había hecho antes W. Mikalka con otro pilar de la proyección exterior de la Alemania nazi (*Ribbentrop und die deutsche Weltpolitik: 1933-1940*, Institut für Zeitgeschichte, 1980).

El viraje histórico impreso a la Unión Soviética por Stalin es un asunto de respeto. Terciaron en su estudio plumas tan insignes como las de Isaac Deutscher y E. H. Carr, o analistas de la talla de M. Dobb y M. Fainsod. La participación de la Unión Soviética en la Segunda Guerra Mundial y su ascenso a gran potencia del sistema bipolar de posguerra está inextricablemente unido a la contraofensiva militar de 1943-1945 a la ulterior ocupación del «glacis defensivo».

He ahí el meollo de la monumental obra de John Erickson (*The Road to Stalingrad y The Road to Berlin*, Westview Press, 2 vs. 1983), que, como algunas de las arriba reseñadas, bien merecen la consideración de publicables en versión al castellano.

III. BALANCE Y PERSPECTIVA

El balance apresurado que acabamos de cerrar no es exhaustivo, sino una mera muestra de la vitalidad de aquella historiografía europea de los ochenta que ha centrado en la Historia de las Relaciones Internacionales Contemporáneas el foco de su atención.

Las obras en ciernes, los coloquios proyectados y la continuidad editorial –todo ello de consuno– hará que conozcamos a fondo y con solvencia las causas de la agitada historia europea del siglo xx y de su autodestrucción final. Es poco para aquellos que Stanley Hoffmann llama, no sin un ápice de crítica justificada, «practicantes del pensamiento experto»; para los historiadores, internacionalistas y estudiosos, a secas, de las páginas que llenan el libro del pasado nos parece mucha –y muy importante– la contribución que

se desprende de las aportaciones acabadas de reseñar y de aquellas otras que se están elaborando en Universidades e Institutos especializados del viejo mundo.

La cuestión, ahora, no es tanto insistir en este reconocimiento de una producción bibliográfica específica, cuanto preguntarse por el estado de la misma «de puertas adentro». Puede consistir, por tanto, en una breve pero inquisitiva indagación en la estructura institucional que... *no* existe en España para el fomento y desarrollo de la cultura y la investigación internacionalmente orientadas. Y mucho menos si se trata, como es el caso que aquí privilegiamos, de la Historia de las Relaciones Internacionales en la Edad Contemporánea.

La cuestión es de suficiente importancia como para abordarla pronto y por separado.